

que envió en los antiguos días un Ángel á Elías tiranizado de Jezabel ; á Azarías, sumergido en las llamas del horno de Babilonia, y á Judit, expuesta á ser víctima de un mónstruo de crueldad, *parece* duro á los clamores de su hija, la Iglesia.

Las teorías de muerte esparcidas en los pueblos de Europa durante los tres siglos últimos hacen que, perdido el rico patrimonio de aquella fe que tanto enaltecíó á las generaciones augustas que nos han precedido, aun muchísimos que son tenidos por hombres de probidad dejen abandonada á la Iglesia, su madre cariñosa, á la que son deudores de todos sus bienes en el órden intelectual y moral.

Sí ; todos los que han saludado las peligrosas regiones infectas por los corrompidos miasmas que exhalaran las teorías de los modernos utopistas, desprecian sus clamores dolorosos, y los cristianos tibios los miran con indiferencia, y los cobardes huyen azorados á la triste perspectiva del Calvario del Catolicismo.

Así, las aficciones de la Iglesia combatida llegan á su colmo. Por esto con honda tristeza se queja con el Señor, y le dirige estas tan sentidas y amorosas palabras : «Os invoco de dia ¡oh Protector amable! os invoco de noche, y siempre *al parecer* os mostrais «insensible á mis sentidos clamores.»

Señor, Vos veis todas mis amarguras, y conoceis toda la intensidad de mis dolores desde el magnífico solio de vuestro santuario augusto, que flota dulcemente sobre los cielos de los cielos, sostenido por las encendidas alas de millones de espíritus felices.

¡Oh, no! augusto Fundador mio ; Vos en realidad no me habeis abandonado: Vos moraréis en mi corazón hasta que los siglos toquen á su término ¹. Así

¹ Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi. (*Matth.* xxviii, 20).

espero en Vos, como esperaron los antiguos padres en sus aficciones y en sus necesidades, quienes alcanzaron el socorro en tiempo oportuno.

Vos consolásteis á Jacob cuando andaba fugitivo para eludir el furor de Esaú, su hermano ¹: entonces fue cuando os inclinásteis misericordioso para derramar una gota de bálsamo en su corazón lacerado.

Vos derramábaís inefables consuelos sobre el espíritu de vuestro siervo Moisés, y os inclinábais benigno al eco de su clamor ; dignándoos hablar con él como suele hablar el hombre con su amigo ².

Vos os inclinásteis al socorro de un pueblo numeroso por Faraon perseguido : Vos no os mostrásteis indiferente al clamor de Josué, cuando fijos sus ojos en la celeste bóveda mandó al sol que se detuviese delante de Gabaon, á la mitad de su rápida carrera ³.

¡Oh Dios misericordioso! Vos agitábais en los antiguos días las alas de los cuervos para que acudiesen presurosos al socorro de Elías ⁴, ofreciéndole carnes y pan, y por último las de vuestro Ángel para que volase á su auxilio ⁵.

Vos mandásteis á vuestro Ángel que se constituyese guarda del virtuoso jóven Tobías en sus viajes ; le librase del pez devorador, y á su esposa de las asechanzas del espíritu del abismo, y derramase copiosos consuelos en el espíritu de sus padres ancianos ⁶.

Vos, Señor, inclinásteis vuestros oídos al clamor de Susana en momentos de peligro ; hicisteis que brillasen su inocencia y su candor, y quedasen confundidos sus calumniadores ⁷.

Vos guiásteis á Habacuc al lago de los leones, donde estaba sumergido Daniel vuestro siervo, y Daniel quedó socorrido en su necesidad ⁸.

¹ Genes. xxviii, xxxi, xxxii. — ² Exod. xxxiii; Num. xii, xiv. — ³ Josue, x. — ⁴ III Reg. xvii. — ⁵ Id. xix. — ⁶ Tob. v, vii, viii. — ⁷ Dan. xiii. — ⁸ Id. xiv.

Vos velábais por la preciosa vida de Jonás, encerrado en las entrañas del mónstruo de los mares¹; y vuestra mano fuerte le libró de todos los peligros.

¡Oh Señor! ¡qué magnífica brilla vuestra misericordia sobre los pueblos, y á través de todas las generaciones! En Vos esperaron todas; en Vos nuestros antiguos padres, y les sacásteis de sus apuros. *In te speraverunt patres nostri, speraverunt, et liberasti eos.*

Tampoco me abandonaréis, Autor santísimo de mi salud, en estos dias de mi afliccion, por mas que los enemigos de la civilizacion me llamen ya *despreciable gusano*; por mas que haya llegado á ser el blanco de las befas de tantos pueblos por mí favorecidos, *opprobrium hominum et abjectio plebis*; por mas que al ocuparse de mí y de mi pasada gloria me insulten *meneando sus cabezas*; por mas que con cierto aire de triunfo exclamen, y con sacrílega ironía: «El Cristianismo sale ganancioso de nuestros combates; nada puede temer: siendo una institucion celestial, y habiendo puesto su esperanza en el Señor, él le librará de nuestras manos: ¡LIBRELE EL SEÑOR!»

¡Oh Dios, que sois mi justicia! desde mi nacimiento habeis sido mi protector; desde los dias de mi aparicion sobre la tierra me arrojé en brazos de vuestra providencia; espero no me dejaréis en este lance.

Es verdad que veo cercano ya el momento de mi terrible angustia, *tribulatio proxima est*; es verdad que estoy cercado de enemigos que, semejantes á indómitos novillos y á lozanos toros, quieren acercarse á mí, y que á manera de leones, que bramando se arrojan feroces sobre la presa, tienen ya abierta su boca para echarse furiosos sobre mí, y devorarme.

Es verdad que la sangre de mis hijos ha sido der-

¹ Jonæ, II.

ramada como agua en Castelfidardo¹ y en Nápoles, y que sus huesos van siendo arrojados y dispersos, y que los miembros robustos de mi cuerpo están cruelmente combatidos. Es verdad que me veo cercado de una manada de perros rabiosos, *circumdede runt me canes multi*, y de una cuadrilla furiosa de malignos

¹ «La sangre de los héroes de Castelfidardo es en sus colinas mas gloriosa y envidiable que los rubies que orlan las diademas de los reyes; la sangre de los viles que allí cayeron por los esfuerzos de los héroes ha sido escupida por las piedras, temerosas de su contaminacion, y arrojada á los pantanos, para que perezcan con su veneno los escorpiones que anidan. Castelfidardo es un nuevo Calvario y un nuevo Tabor para los buenos: Castelfidardo es una roca Tarpeya para los malos. Por esto los católicos dirigen allí su vista para recrearse con el brillo de tanta gloria, y escarmentar en el fango de tantas ignominias; por eso dirigen allí su aliento, para aspirar el aroma que exhalan esas flores que el valor sembró y que fecundizó con blancos y rojos matices la pureza y la santidad de la causa; por eso extienden hácia allá sus manos enviando coronas de triunfo; por eso hacen caer allí sus lágrimas, tributo del amor cristiano; por eso imprimen allí sus besos, homenaje de veneracion; por eso llevan allí su corazon y sus aspiraciones anhelantes de tanta dicha; y por eso cantan, allí, bajo aquel cielo testigo del sacrificio, el himno de la salvacion y del triunfo que inauguraron los que murieron y consumirán los que sobrevivan...» (*Don Leon Carbonero y Sol: La Cruz, Revista religiosa*, núm. del 19 de noviembre de 1860).

«¡Oh! colinas de Castelfidardo, sobre vosotras, como sobre Gelboé, han caido los valientes de Israel, mas fuertes que leones, mas ágiles que águilas, mas hermosos que su juventud, y sin embargo nosotros no os maldecimos. Sobre vosotras ha sido rota su espada; han sido asesinados, han sido despedazados sus cuerpos. Pues bien, á pesar de todo, yo os bendigo, yo os glorifico. Castelfidardo, tú serás siempre una colina gloriosa, inmortal, porque en tí cayeron los héroes cumpliendo con su deber en defensa de la Religion y de la justicia. ¿Qué importa que se anuncie su derrota en las esquinas de Ascalon, ni que se alegren los incircuncisos? ¿qué nos importan sus alegrías insolentes y sus clamoreos insensatos? Colinas de Castelfidardo, desde hoy seréis el campo del honor y el ara del martirio: desde hoy seréis un lugar sagrado, porque habeis sido testigos de espectáculo tan grandioso. De la manera que se visita los campos célebres por antiguas batallas para encontrar en ellos los huesos de los héroes, así se irá á visitar los lugares en que hayan caido esos valientes, para besar su polvo,

que solo suspiran presenciar mi muerte, *consilium malignantium obsedit me*. Es verdad que tienen ya preparados clavos para traspasar mis manos y mis piés y todos mis miembros mas queridos los Obispos, que han acudido á mi defensa desde Orleans á Barcelona, y desde Barcelona hasta los confines del

para respirar su fe, su honor y su heroísmo, y para recoger el soplo de vida y de inmortalidad que de ellos se desprenden. El sepulcro de esos héroes será tambien glorioso, sus huesos florecerán sobre sus tumbas, porque fortificaron á Jacob, porque con mano generosa sostuvieron el arca vacilante con una triple fila de confesores y de mártires, porque vencieron en la tierra con la sublimidad de su fe. Y un día, cuando vengan tiempos mejores, cuando Dios mire á la verdad y á la justicia, cuando pasen las olas del torrente revolucionario, cuando el cielo hermoso de Italia haya visto disipadas sus nubes, cuando la cruz vuelva á resplandecer en la cima del Capitolio, cuando obligados los pueblos por sus desgracias se dirijan hácia el Vicario de Jesucristo, entonces, jóvenes mártires de la causa de Dios y de la Iglesia, entonces se dirá la parte que os toca en estos triunfos. En Roma como en Castelfidardo los padres narrarán para la enseñanza de sus hijos, diciendo: «Si en los días de los «extravíos mas funestos no fuimos perdidos para siempre, si al «fin llegó la victoria de la justicia, si ya gozamos de paz y de libertad, si el Papado y la Italia se han reunido para no separarse jamás, lo debemos á esos jóvenes de vuestra edad que vinieron de países lejanos en auxilio nuestro, lo debemos á la «sangre que ellos derramaron.»

«Yo tambien, si Dios lo permite, yo tambien iré á visitar en tiempos mas felices esos lugares queridos y sagrados. Esta será mi última peregrinacion en la tierra. Allá iré á bendecir á Dios, que en estos días de tinieblas nos dió esa luz y esos consuelos; allá iré á levantar mis ojos al cielo y á pedir el triunfo de la justicia eterna sobre la tierra; allá iré á consolar á mi corazon de sus tristezas, y á curar á mi alma de sus abatimientos. Allá iré para representarme en mi imaginacion esos jóvenes soldados de Jesucristo con todo el brillo, con todo el fuego de su valor, recordando las intrépidas miradas con que al caer castigaban á sus desventurados vencedores... Allá iré en la tarde de mi vida á hacerme discípulo suyo, á pedirles inspiraciones para el resto de mis días; allá iré á aprender de ellos la conservacion en mí de la llama y del celo por la Iglesia y por las almas... Sí, al término de mi carrera, allá iré, á sus tumbas, para reanimar mi ardor extinguido, para fortalecer mi alma en los últimos combates.» (*Mons. Dupanloup, Oracion fúnebre en las exequias de los voluntarios católicos del ejército pontificio*).

orbe de la tierra; y es verdad que mirándome mis enemigos en tan triste situacion, no tienen aun la calma de los judíos en el Gólgota en el día de la muerte del Salvador: yo vivo aun, *et non moriar, sed vivam, et narrabo opera Domini* ¹, y no obstante SE HAN REPARTIDO YA MIS VESTIDURAS, Y HAN ECHADO SUERTE SOBRE MI TÚNICA.

¿Á quién pertecerán en definitiva las vestiduras de la Iglesia? ¿esas vestiduras que le habia dado la Providencia sin límites para sí y para sus hijos; que se las habia dado no solo para que nunca dejase de presentarse con los atavíos debidos á la augusta Hija del cielo, y forzase á las naciones — que no se llenan de respeto ante los andrajos del pobre — á dirigirle una respetuosa mirada, sino tambien para que en aquellas vestiduras se cobijasen sus hijos tan queridos, que lo son todos los pobres y todos los que gimen: vestiduras que tan oportuno abrigo les ofrecian cuando cubiertos de nieve se hallaban los campos de Bolonia y Ravena, de Ferrara y de Perusa, y de todos los Estados del Rey mas bondadoso, y cuando de nieve se hallaba cubierta la cabaña del pobre, y de nieve el tronco de los árboles, agitados por los helados vientos del invierno?

¿De quién serán esas vestiduras que me pertenecen, y que son de la Iglesia que presido, puede exclamar Pio IX desde la puerta de las catacumbas? ¿de quién serán la Romanía y las Legaciones?

Por último, ¿quién será el que arrebatará mi túnica? ¿quién arrebatará la ciudad que encierra las preciosas cenizas de san Pedro y san Pablo? esa ciudad venerable que en un lenguaje hipócrita sin ejemplar consideran ya mis enemigos ² «sin representacion nacional, sin ejército, sin prensa y magistra-

¹ Psalm. CXVII, 17. — ² Véase el célebre folleto: *El Papa y el Congreso*, núm. V.

«tura, sin otro recurso que la contemplacion, las artes, el culto á los grandes recuerdos y á la oracion; «para siempre desheredada de esa noble parte de «actividad que es en todos los países el estímulo del «patriotismo y el ejercicio de las facultades del alma «ó de las superioridades de carácter: bajo cuyo Gobierno, segun dicen, no se podrá en adelante aspirar á la gloria del soldado, ni á la del orador ó del «hombre de Estado; porque será Gobierno de reposo «y recogimiento, especie de oasis á donde las pasiones y los intereses de la política no llegarán, y que «solo tendrá las suaves y tranquilas perspectivas del «mundo espiritual;» decid, puede exclamar Pio IX ante sus adversarios, ¿quién arrebatará esta túnica? ¿la Francia, el Piamonte, ó la Gran Bretaña?

¡Ah hipócritas! *raza de víboras*¹, ¿quién os ha dicho que eludiréis siempre los efectos terribles de la justicia y del enojo santo del Señor?...

¡Oh Dios, levantaos! *levantaos y juzgad vuestra causa*²; venid luego á mi socorro y defensa; *ne elongaveris auxilium tuum à me, ad defensionem meam conspice*. Que yo, vuestro vicario sobre la tierra, no gima por mas tiempo bajo la espada de vuestra justicia terrible: libradme, Señor, del poder de perros tan furiosos: SALVADME DE LA BOCA DEL LEON; *libradme de los cuernos de los unicornios*.

Señor, luego que alcance este beneficio, luego que esas densas nubes que circuyen á vuestra Esposa se disipen, y luego que sean destruidos esos azotes sangrientos y esas punzantes espinas, esos clavos agudos y ese Calvario doloroso que tiempo hace preparan á vuestra Iglesia los clubs, y que ofrecen ya á crueles verdugos los degradados Luteranos del siglo XIX, los Pantaleone y los Gavazzi; y sobre todo,

¹ Véase el cap. III del evangelio segun san Mateo, y el III del evangelio segun san Lucas. — ² Psalm. LXXIII, 22.

Señor, luego que con un rayo de vuestra luz queden alumbrados los espíritus de tantos infelices que tiempo hace gimen *sentados en tinieblas y en sombra de muerte*, como lo quedó el del buen Ladrón en la cima del Gólgota; entonces, en el momento de esa victoria tan suspirada anunciaré de nuevo vuestro poder, cantaré vuestra misericordia en union de mis hermanos en el episcopado, y entonaré vuestras alabanzas en medio de la congregacion de los fieles, *in medio Ecclesiae laudabo te*. Entonces, Señor, dirigiéndome alegre á mis hijos queridos les diré: Siervos del Señor, entonad himnos á su gloria; hijos de Jacob, celebrad todos los triunfos de la Iglesia. Toda la posteridad augusta de Israel bendiga la misericordia del Señor con su Iglesia. Él, él es paño de lágrimas para todos los afligidos, y el que nunca desoye sus sollozos.

Él contempló á su Iglesia mientras los pérfidos estaban preparándole un Calvario doloroso; y quedaron conmovidas sus misericordiosas entrañas al escuchar sus clamores.

Entonces, Señor, será cuando vuestro Vicario, inundado de gozo su espíritu, cantará vuestras alabanzas en el seno de la *grande Iglesia*, de la Iglesia madre y maestra de todas: allí ofrecerá el santísimo, incruento y propiciatorio sacrificio del altar ante los que os teman; desde allí elevará hácia las lúcidas gradas de vuestro trono el aromático perfume de la oracion y acciones de gracias, agradecido á vuestros beneficios inenarrables.

Y cuando de nuevo adquiriera lo que se le ha robado, que es patrimonio de los pobres, entonces podrán otra vez sentarse ellos á su mesa y quedar saciados, *edent pauperes et saturabuntur*, y agradecidos los pobres, jamás dejarán de dirigir al cielo su himno de accion de gracias.

De entonces mas los pueblos mas remotos de la tierra, alumbrado su espíritu por la luz que, desvanecidas las nubes de error y demás obstáculos, podrá enviar hasta ellos desde su sede vuestro Vicario, llorarán, Señor, los pasados extravíos, y se volverán á Vos gozosos y agradecidos.

Postrados en vuestra presencia los hombres desengañados, os adorarán entonces con gozo de sus corazones.

Entonces comprenderán que el Señor y su Iglesia deben ejercer su dulce dominio en todas las gentes y naciones: QUONIAM DOMINI EST REGNUM, ET IPSE DOMINABITUR GENTIUM.

¡Ojalá se digne el Todopoderoso atender pronto á esta súplica cotidiana de su Iglesia afligida, y del augusto Pio, su visible cabeza! Señor, no dejeis de mí vuestro socorro, atended á mi defensa: *Domine ne elongaveris auxilium tuum à me: ad defensionem meam conspice.*

GLORIA Á PIO IX *y á la Iglesia que preside, y al Dios que nos protege*: como fue en el principio, y es ahora, y será siempre.

ANTONIO VERGÉS Y MIRASSÓ, Pbro.

SOBRE EL SALMO XXIV.

Innocentes et recti adhaerunt mihi: quia sustinui te. (PSALM. XXIV, 21).

LAMENTACIONES DE MI VENERADO PONTÍFICE.

Multiplicado se han las tribulaciones de mi corazón; socórreme en mis necesidades.

Atiende á que mis enemigos se han multiplicado; ellos me aborrecen con odio inicuo.

Confundidos sean todos los que ponen su orgullo ó su iniquidad por fundamento de sus obras.

Porque defendiendo tu causa, los inocentes y los rectos se ponen de mi parte.

Cesen de burlarse de nosotros nuestros enemigos, puesto que no serán confundidos los que sostienen tu justicia.

El Señor es el apoyo de los que le temen.

Recto y dulce enviará él su ciencia á los mansos, y dirigirá á los dulces por sus caminos.

Á tí, Señor, he levantado mi espíritu; en tí espero; jamás tendré que avergonzarme.

Ó Dios de Israel, salva á tu Vicario de todas sus tribulaciones, y nosotros seguiremos diciendo:

GLORIA Á PIO IX *y á la Iglesia que preside, y al Dios que nos protege*: como fue en el principio, y es ahora, y será siempre.

PEDRO MÁRTIR VERNET DE GONZALEZ, abogado.

SOBRE EL SALMO XXV.

Odivi ecclesiam malignantium: et cum impiis non sedebo. (PSALM. XXV, 5).

Jamás he tomado parte en los consejos de vanidad, ni he contraído la menor complicidad con los que tramaban planes inicuos.

He huido de los congresos de los malvados, y he protestado contra sus deliberaciones.

Á fuerza de crímenes han engrandecido sus Estados.

Si yo hubiese condescendido con ellos, me habrían á su vez prestado su apoyo; pero yo estoy inocente de todo delito.

GLORIA Á PIO IX *y á la Iglesia que preside, y al Dios que nos protege*: como fue en el principio, y es ahora, y será siempre.

ANTONIO AYMAR, vicario.